

EL DINAMISMO CULTURAL DE LA FE*

CARD. PAUL POUPARD

Quiero ante todo presentar desde este estrado un saludo cordial a todos Ustedes y mi gratitud al Rector Magnífico y al Claustro Universitario por la amable invitación que me han dirigido para poner en marcha este Seminario sobre *Fe Cristiana y Cultura contemporánea*.

Es un privilegio para mí estar en Pamplona, capital de esta Navarra fuerte, culta, transparente y católica como pocas, cuyo escudo, como reza la famosa *jota*, «tiene cadenas de hierro —por eso no hay quién le arranque sus fueros». Además de los fueros civiles bien ganados por esta ilustre Autonomía, están los tesoros de su historia, de su geografía y de su acendrada cultura humana y cristiana: san Francisco Javier, san Saturnino, san Fermín; Roncesvalles a pocos kilómetros de aquí, donde nació la Canción de Rolando, el Pirineo, con sus sugestivos valles.

La Universidad de Navarra, fiel al espíritu que le imprimió su Fundador, desarrolla una función cultural en profundidad, en armonía con la enseñanza de la Iglesia, como universidad católica que es, ahora radicada en el espíritu y letra de la Constitución «*Ex Corde Ecclesiae*». Aquí se hacen esfuerzos permanentes para traducir los principios en experiencia de vida al servicio de la sociedad y de la cultura contemporánea, conforme a la visión cristiana del hombre. «La Universidad no vive de espaldas a ninguna incertidumbre, a ninguna inquietud, a ninguna necesidad de los hombres», afirma el Beato Josemaría Escrivá de Balaguer¹.

* Conferencia pronunciada en la Universidad de Navarra, en la sesión inaugural de la reunión —para el año 1993— del Seminario Interdisciplinar «Fe cristiana y cultura contemporánea».

1. *Discurso en la colación de Doctorados «Honoris Causa»*, Universidad de Navarra, 7-X-1972.

El tema y los objetivos de este Seminario se articulan en el empeño del señor Rector Magnífico, Profesor Alejandro Llano, y de sus colegas del claustro universitario, fuertemente comprometidos en la conformación de la *universidad del futuro*, en la que la diversidad de disciplinas y especializaciones, cada vez más centradas en sus objetivos específicos, encuentren una convergencia sapiencial en favor del hombre y del creyente.

La urgencia de volver a las raíces cristianas de la cultura europea para responder a las inquietudes surgidas del fracasado «socialismo real» del Centro-Este Europeo y del neoliberalismo de Occidente; el desafío de la «nueva evangelización, promoción humana y cultura cristiana derivadas del Quinto Centenario de la evangelización de América y de la IV Conferencia general del Episcopado latinoamericano de Santo Domingo; la claridad nueva y definitiva dada al «Caso Galileo» por el Santo Padre en octubre pasado, y otros hechos importantes que sería largo evocar, muestran la actualidad y el interés de una reflexión ilustrada sobre el dinamismo de la fe cristiana llamada a encarnarse en la cultura contemporánea.

Varias veces he tenido la fortuna de escuchar muy de cerca al Papa Juan Pablo II su convicción reiterada de que «*el diálogo de la Iglesia con las culturas de nuestro tiempo es un campo vital* en el que está en juego el destino del mundo en este final del siglo veinte»; «el porvenir del hombre depende de la cultura»; «la síntesis entre cultura y fe no es sólo una exigencia de la cultura, sino también de la fe». No son simples expresiones afortunadas, sino enunciados de una orientación pastoral que caracteriza los quince años de este pontificado. Nada, pues, más en consonancia con este contexto que establecer una reflexión honda sobre el dinamismo de esta fe llamada a hacerse cultura; una reflexión que, a partir de la constatación de nuestras grandes rupturas actuales, nos lleve, de la mano del pensamiento de Juan Pablo II, a buscar la síntesis entre la cultura y la misma fe.

1. De la dispersión a la integración

1.1. Fenómenos de dispersión

En estos días, mientras en Sarajevo no cesan los cañonazos destructores de antiguas culturas y en Somalia prosiguen el hambre y la guerra entre etnias, también *un meteorito*, resto de un astro que explotó y se dispersó muchos millones de años antes, ha caído en Istria sobre una casa, reduciéndola a cenizas y matando a dos hermanos que dormían tranquilamente. Dos seres humanos, víctimas de la dispersión.

La especialización de las ciencias ha abocado también a la dispersión y fragmentación. Por ejemplo, en el campo de la medicina, es admirable. Sin embargo, el paciente debe gastar tiempo y dinero para ir de especialista en especialista, de laboratorio en laboratorio, a verificar sus dolencias. Los innumerables aspectos técnicos y pasos burocráticos requeridos en la construcción de un edificio, y la casi atomización de la ciencia arquitectónica, hacen compleja la edificación de la vivienda para una familia.

En el campo político, constatamos cómo, a raíz de los hechos recientes de Europa Centro-Oriental, en algunas zonas se ha puesto en carne viva la dispersión de las etnias con mucho derramamiento de sangre y pocas esperanzas de unidad. El mismo proyecto genial de Robert Schuman, Konrad Adenauer y Alcide De Gasperi, sobre una Comunidad Europea, está experimentando enormes dificultades para su plena realización, creadas por intereses locales o nacionales conocidos de todos, y sus primeras víctimas son, ciertamente, los ciudadanos.

En las Américas, como también en Europa, Asia y Africa, *innumerables sectas* y movimientos religiosos de diversa procedencia dividen, no solamente el cristianismo, sino también la unidad de otras religiones, con efectos de intolerancia que también tienen como víctimas a las personas humanas.

El alto grado de perfeccionamiento científico y tecnológico está teniendo a lo largo de este siglo un conjunto de consecuencias negativas para el hombre mismo, que no estaban previstas. El optimismo y la confianza ilimitada en el Progreso que la Ilustración lo quiso con mayúsculas, como la Razón, y las Utopías, ha dado lugar a los llamados efectos perversos.

En mi libro *«Iglesia y Cultura»* he dedicado un capítulo a la contraposición y el diálogo, a la dispersión y al reencuentro de la fe y las culturas hoy en el hombre². Allí he sometido también a análisis los prototipos culturales del *humanismo* y de la *ciencia*, asumiendo el diagnóstico cruel de Teodoro Roszák sobre el imperativo de las ciencias humanas que tanto ha sacudido a Europa: «Bien que mal, decía, aprendemos cosas que tratan del mundo 'objetivamente'; aprendemos cosas sobre los árboles, pero ignorando el bosque; lo que se estudia sobre las células, pero ignorando el organismo; los fragmentos de experimentación, pero ignorando el todo que da sentido a las partes. De este modo, cada día nos hacemos más sabiamente insensatos»³.

2. Cfr. P. POUPARD, *Iglesia y Culturas. Orientación para una pastoral de la inteligencia (traducción del francés)*, Valencia y México, 1985, pp. 188-210.

3. T. ROSZÁK, *Vers une contre-culture. Réflexions sur la société technocratique et opposition de la jeunesse*, Paris, p. 277.

1.2. El hombre, ser cultural

«La naturaleza del hombre, su humanidad, dice Robert Spaemann, no se hace de por sí «naturalmente»; los hombres no pueden, como suele decirse, «vivir su vida» como si tal cosa. Para ser hombres, tienen que dar forma a su vida. Esto sólo se logra cuando la vida tiene un contenido que va más allá de la pura conservación y reproducción de la especie. Un contenido que trasciende al hombre. El hombre es el ser de la autotranscendencia. Necesita algo por lo que merezca la pena vivir. Lo que llamamos cultura es la marca de la vida de una comunidad por aquellos contenidos que estructuran la vida y le dan un sentido»⁴.

Nuestra época es aquella en la que más se ha escrito y hablado del hombre, la época de los humanismos y del antropocentrismo. Sin embargo, paradójicamente, es también la época de las más hondas angustias del hombre respecto de su identidad y destino, del rebajamiento del hombre a niveles más insospechados, la época de valores humanos conculcados como jamás lo fueron antes. Podemos decir que es la paradoja inexorable del humanismo ateo. Es el drama del hombre amputado de una dimensión esencial de su ser, el Absoluto⁵.

Juan Pablo II, haciéndose eco de «*Gaudium et Spes*» (nº 53, § 1) donde se dice que «es propio de la persona humana el no llegar a un nivel verdadera y plenamente humano si no es mediante la cultura», afirmaba solemnemente ante la UNESCO el 2 de junio de 1980: «Hay una dimensión fundamental, que es capaz de remover desde sus cimientos los sistemas que estructuran el conjunto de la humanidad y de libertad a la existencia humana, individual y colectiva, de las amenazas que pesan sobre ella. Esta dimensión fundamental es el hombre, el hombre integralmente considerado, el hombre que vive al mismo tiempo en la esfera de los valores materiales y en la de los espirituales. El respeto de los derechos inalienables de la persona humana es el fundamento de todo»⁶.

Asumir al hombre como punto de partida de su pensamiento, al hombre real, histórico como lo acentúa la Encíclica *Redemptor Hominis*,

4. Cfr. R. SPAEMANN, *La unidad de mythos, culto y ethos como fundamento de la cultura* en «Cristianismo y Cultura en Europa. Memoria, Conciencia y Proyecto», Simposio Presinodal del Pontificio Consejo de la Cultura, celebrado en el Vaticano, octubre de 1991, Madrid 1992, p. 31.

5. Cf. JUAN PABLO II, *Discurso inaugural de la III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano*, Puebla, 28 de enero de 1979, I, 9.

6. *Id.*, *Discurso a la UNESCO*, 2 de junio de 1980, n. 4.

es una característica del magisterio de Juan Pablo II sobre la fe y la cultura. Se trata del hombre en su condición concreta, no del hombre abstracto. Se dirige al hombre como tal en su existencialidad, creado a imagen y semejanza de Dios, a este hombre que viene a estudiar en las diversas facultades de la Universidad.

La Iglesia es mensajera del Evangelio, portador de la verdad sobre el hombre. Es misión de la Universidad Católica confrontar el mensaje cristiano con el saber humano, participarlo a través de la enseñanza universitaria⁷. La afirmación primordial de esta antropología es la del hombre como imagen de Dios, irreductible a una simple parcela de la naturaleza o a un elemento anónimo de la ciudad humana. El hombre, en la doctrina bíblica, es ante todo creatura de Dios, que como tal depende enteramente de El. Pero también es imagen semejantísima de El, es verdadera persona (Gn. 1,26-27) y, además, interlocutor de Dios a título pleno: un verdadero «yo» ante el «Yo Soy» divino, el único ser del universo al que Dios puede decirle «tú» y recibir respuesta. «La gloria del hombre, leemos en San Ireneo, es Dios, pero el receptáculo de toda acción de Dios, de su sabiduría, de su poder, es el hombre»⁸.

La cultura es un *modo de ser* específico del hombre, que le confiere existencia *como hombre*. Así, cada hombre vive en el interior de una cultura merced a la cual se hace cada vez más hombre. El fundamento es siempre el ser. El hombre es un ser creado a imagen de «El que es». No es una afirmación de detalle, sino un principio ontológico sobre el hombre-dependiente de Dios. El Papa Juan Pablo II lo recordaba con fuerza en Czestochowa el 14 de agosto de 1991 a los muchachos de todo el mundo —muchos de los cuales tienen sus ídolos, sus héroes y aun a veces llaman Dios a lo que no es Dios: el *tener*, es ciertamente un valor, pero siempre al servicio del *ser*⁹.

En la «Declaración de México» de la Conferencia Mundial sobre las políticas culturales, se afirma este principio sobre el hombre cultural, compartido no sólo por pueblos cristianos, sino por todos los miembros, creyentes o no, de la UNESCO: «La cultura da al hombre la capacidad de reflexión sobre sí mismo. Es la que hace de nosotros seres específicamente humanos, racionales, críticos y éticamente comprometidos. Por ella discer-

7. Cf. P. POUPARD, *La evangelización de la cultura y la Universidad*, en «Universidad, Cultura y Evangelización», 1988, p. 48.

8. S. IRENEO, *Tratado contra las herejías*, 1. 3, 290, 2-3. Cf. *Gaudium et Spes*, n. 12 y 14.

9. Cf. *L'Osservatore Romano* (ed. en español), 16 de agosto de 1991, p. 2.

nimos los valores y llevamos a cabo opciones. Por ella se expresa el hombre, toma conciencia de sí mismo, se reconoce como un proyecto inacabado, somete a discusión sus propias realizaciones, busca incansablemente nuevos significados y crea obras que lo trascienden»¹⁰.

La Iglesia es consciente de que el hombre concreto e histórico es el primer camino que ella debe recorrer en el cumplimiento de su misión (cf. *Redemptor Hominis*, 14), y de que la promoción humana está íntimamente vinculada a la evangelización, que tiende a la liberación integral del hombre (cf. *Redemptoris Missio*, nn. 58 y 59). Por este motivo ella, «experta en humanidad», como afirmaba Pablo VI, inseparablemente del anuncio del Evangelio, alienta la promoción cultural del hombre, ya que el hombre integral se expresa en la cultura. El documento conclusivo de la Cuarta Conferencia general del Episcopado latinoamericano de Santo Domingo, por citar el más reciente, da fe de este primordial compromiso¹¹.

1.3. El hombre, centro de convergencia

Las dispersiones van en desmedro del hombre integral. La «contracultura» es inhumana, porque va contra el ser del hombre. Más, como *contrariorum contraria est ratio*, el reencuentro de los valores perdidos, la convergencia ha de favorecer al *hombre integral*.

En una sana antropología teológica, el hombre se sitúa en el centro del designio creador y salvador de Dios: creó el mundo para los hombres y se encarnó «por nosotros los hombres y por nuestra salvación». Y, en una sana antropología filosófica, el hombre es el centro del universo: no porque lo produzca —algunas veces tiende a destruirlo—, sino porque lo conoce y está llamado a transformarlo y gobernarlo.

El universo converge en el hombre, no por lo que tiene, sino por lo que es: ni para tener más, sino para ser más. La técnica, afirma Ortega y Gasset, es para que el hombre, que está en el mundo, «esté mejor».

El hombre es sujeto y término de la cultura, autor y artífice de la misma. Lo afirma Juan Pablo II, en su citado discurso a la UNESCO: «El hombre, que en el mundo visible, es el *único sujeto óntico de la cultura*,

10. Conferencia mundial sobre las Políticas culturales, México, 26 de julio-6 de agosto de 1982, París, 1, 1982.

11. Cf. *Nueva Evangelización, promoción humana, cultura Cristiana, Jesucristo ayer, hoy y siempre*, IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, 12-18 de octubre de 1992, Conclusiones, n. 13.

es también *su único objeto y su término*. La cultura es aquello a través de lo cual el hombre se hace más hombre, «es» más, accede más al «ser». En esto encuentra también su fundamento la distancia capital entre lo que el hombre es y lo que *tiene*, entre el ser y el tener. La cultura se sitúa siempre en relación esencial y necesaria a lo que el hombre es, mientras que la relación a lo que el hombre tiene, a su «tener», no sólo es secundaria, sino totalmente relativa. Todo el «tener» del hombre no es importante para la cultura, ni es factor creador de cultura, sino en la medida en que el hombre, por medio de su «tener», puede al mismo tiempo «ser» más plenamente como hombre, llegar a ser más plenamente hombre, en todas las dimensiones de su existencia, en todo lo que caracteriza su humanidad»¹².

Esta insistencia en el ser del hombre como raíz y objeto del ser cultural es importantísima para entender de modo cabal cómo en el hombre debe converger todo aquello que vemos disperso: la cultura es *del hombre, a partir del hombre y para el hombre*. Lo advertía Juan Pablo II en la Universidad de Coimbra, en mayo de 1982, al indicar los puntos de anclaje indispensables para la construcción del hombre integral, y añadía: «El hombre como ser cultural... no es prefabricado. Debe construirse con sus propias manos. Pero ¿según qué proyecto?... Para ser válido, un proyecto cultural no podrá dejar de atribuir el primado a la dimensión espiritual, a aquella dimensión que se relaciona con el crecimiento en el ser, más que con el crecimiento en el tener...»¹³.

Sin embargo, *la historia nos enseña que el hombre, así como la cultura que él construye, pueden abusar de la autonomía a la que tiene derecho*. La cultura, como su artífice, pueden caer en la tentación de reivindicar para sí mismos una independencia absoluta en relación con Dios. Pueden llegar incluso a rebelarse contra El. Esta constatación, para los que tenemos la dicha de la fe en Dios, no se hace sin amargura.

Nosotros, que somos testigos de todo esto, a veces nos constituimos en cómplices de la dispersión y, por consiguiente, de la deshumanización: nuestro tiempo está marcado por la omnipresencia de una especie de «cultura del tener», que abandona al hombre en su ser, para dar gusto a sus apariencias, a través de las llamadas necesidades del consumo, que son artificialmente creadas por una sociedad materialista.

12. *Discurso a la UNESCO*, N. 7. Cf. P. POUPARD, *Antropología Cristiana de Juan Pablo II*, en «Diccionario de las Religiones», Barcelona 1987, pp. 95-98.

13. JUAN PABLO II, *Discurso en la Universidad de Coimbra*. Cf. *Cultura, Ciencia y Universidad en el magisterio de Juan Pablo II*, compilado por Hernando Sebá, Bogotá 1992, vol. 1, p. 191.

Las frustraciones del hombre, víctima de sus propios inventos y oscilante entre las utopías prometidas de Marx, ahora ya hechas trizas por inútiles, constituyen el fracaso permanente de un esfuerzo inútil como el del mito de Sísifo en Camús. Al tocar fondo en la llamada postmodernidad, estas frustraciones llevarían al fatalismo y a la angustia total, de la que viven la droga, el alcoholismo, el pansexualismo y el suicidio, si no hubiera una ventana abierta a la esperanza, a la trascendencia, a través de la fe y la cultura, donde se realiza la *vocación espiritual* del hombre.

La Universidad católica, heredera de un rico patrimonio, se da a sí misma, más que cualquier otra, la legítima ambición de ayudar a los hombres a volverse más hombres, abriéndoles los caminos del pasado, sembrados de obras más fuertes que los siglos, a pesar de su inexorable fuerza de desgaste y de olvido. Es la tarea insustituible de toda cultura. Porque, si el hombre es naturaleza, su naturaleza propia es humanizar la naturaleza.

2. *La fe viva crea energías*

2.1. Juan Pablo II, la fe y la cultura

Fe y cultura en el magisterio de Juan Pablo II tienen una amplitud oceánica: son prácticamente la explicación más personalizada del pensamiento actual de la Iglesia. El Papa, venido del Oriente con su experiencia de cómo se vivía la fe en medio del totalitarismo ateo oficial, estaba capacitado como ninguno para abrir nuestros horizontes occidentales, muchas veces encerrados en los egoísmos propios del mundo capitalista. Su secreto es el diálogo entre *la fe y la cultura*.

Juan Pablo II subraya fuertemente la relación entre la fe y la cultura. La cultura es una realidad fundamental que une a todos los hombres, y permite a cada cual expresarse en su unicidad y en su plenitud. La cultura es del hombre, porque lo caracteriza y lo distingue de los otros seres. La cultura procede del hombre, según el plan creador de Dios y contribuye a la elevación de toda la familia humana. En fin, la cultura es para el hombre, porque es su destinatario. El objetivo primario de la cultura es desarrollar al hombre como hombre, como persona, en otras palabras, a cada hombre en cuanto que es un ejemplar único, singular e irrepetible de la familia humana.

La Iglesia manifiesta su profundo respeto a la cultura, porque a través de ella está respetando al hombre, creado a imagen y semejanza de Dios.

Juan Pablo II reivindica una justa libertad y autonomía a la cultura, una especie de inviolabilidad, por su íntima relación con la naturaleza racional del hombre. Sin embargo, la experiencia enseña que la cultura también puede abusar de su autonomía, reivindicar una autonomía absoluta, hasta oponerse a Dios. La cultura tiene que ser salvada y elevada. Así, al manifestarse Dios en su pueblo escogido, se valió de una cultura particular. Jesucristo, el Hijo de Dios, al asumir nuestra naturaleza, hizo lo mismo: su encarnación humana es también una encarnación cultural¹⁴.

Juan Pablo II nos presenta el ideal del desarrollo integral del hombre alimentado por la fe cristiana. El, como maestro en humanismo cristiano, revela al mundo la fecundidad y el dinamismo de la fe acogida, orada, meditada, contemplada, encarnada con coherencia en la vida e inculcada con profundidad. Para comprender el dinamismo de esta fe y la maravillosa interacción de este diálogo con la cultura, para salvarla evangelizándola, el Papa Juan Pablo II en su magisterio, en toda clase de foros y ante toda clase de oyentes, inculca y explicita su pensamiento sobre la fe y la cultura que, lejos de oponerse, se compenetran.

Hay una fórmula suya, que quizás a más de uno, por lo reiterativa, puede parecer un simple *slogan*, pero es todo un programa del Pontificado, que impregna todos sus documentos, anunciando en todo el mundo, particularmente a los hombres de cultura, que lo movió a crear el Pontificio Consejo de la Cultura. En él cifra el Santo Padre la apuesta por la suerte del mundo en el ocaso de este milenio: *La síntesis entre cultura y fe no es sólo una exigencia de la cultura, sino también de la fe. Una fe que no se hace cultura es una fe no plenamente acogida, ni totalmente pensada, ni fielmente vivida*¹⁵. Leída en positivo, la fórmula suena: Una fe plenamente acogida, totalmente pensada y fielmente vivida, se hace cultura.

2.2. Fe plenamente acogida, totalmente pensada, fielmente vivida

¿Qué es la fe? Al hablar de *Fe*, no me estoy refiriendo a una lista de verdades que hay que acumular en la mente humana a manera de los datos que se llevan a un ordenador para programar algo, sino a una entrega libre, una adhesión y acogida a Dios que se manifiesta al hombre.

14. Cf. JUAN PABLO II, *Discurso a los profesores, a los universitarios y a los hombres de cultura en la Universidad de Coimbra*, 15.5. 1982, *loc. cit.*, p. 193.

15. Cf. *El Papa constituye el «Pontificio Consejo de la Cultura»*, en *Acta Apostolicae Sedis*, 74 (1983), pp. 683-68. Cf. *Iglesia y Culturas*, Boletín semestral del Pontificio Consejo de la Cultura, Ciudad del Vaticano, 1984, n. 1, p. 3.

La fe es adhesión a la Buena Nueva. La Buena Nueva es Jesucristo, el Hijo de Dios, el Salvador, nacido de la Virgen María (cf. Lc 2, 10). Un cristiano es un hombre que cree en Jesucristo. Ser cristiano hoy es creer que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios vivo, y querer vivir su mensaje de amor en el ámbito de la vida diaria. Quiere decir, en unión con todas las comunidades cristianas esparcidas por todo el mundo y en comunión con los obispos en torno al sucesor de Pedro, que su palabra es cada día de actualidad para nosotros y que el camino abierto por El está siempre disponible a nosotros, así como la esperanza, que es fe en el amor. Cristo, nuestra esperanza, decía San Pablo. Y Cristo, nuestra esperanza, repetimos nosotros hoy¹⁶.

Fe plenamente acogida es adhesión libre y amorosa a Jesucristo, a su misterio, a su doctrina, a su Iglesia, a sus exigencias. En el Evangelio encontramos varios modos de acogida: el de muchos que no recibieron a Jesús cuando vino a su casa; la de otros que, si no veían milagros no creían; la de un Centurión romano, ciega y sencilla, alabada por Jesús; la fe confiada de una mujer enferma, también exaltada por él, y así otras.

El Papa Juan Pablo II, en esa bellísima meditación suya que constituye la Encíclica *Redemptoris Mater*, dedica una buena parte a exaltar la aventura de la fe de María, repitiéndole varias veces: «*Dichosa tú que has creído*» (Lc. 1,45), por haber acogido la Palabra anunciada por los Profetas, escrita y encarnada en sus entrañas con todas sus consecuencias de vida y redención, crucifixión y gloria¹⁷.

Fe plenamente acogida es ante todo una acogida a Jesucristo. La centralidad de Jesucristo, el mismo ayer, hoy y siempre (Hebreos 13, 18), en quien creemos, a quien celebramos, según el cual vivimos y al que oramos, según la síntesis global del nuevo Catecismo de la Iglesia Católica, ha sido también fuertemente inculcada por Juan Pablo II como tema englobante de la Nueva Evangelización, de modo particular con ocasión de conmemorarse medio milenio de la primera, e iniciarse la nueva evangelización en América. De este modo viene a decirnos que la fe no consiste en creer en algo o en mucho, sino plenamente en Alguien, que es Jesucristo, nuestro Salvador. Jesucristo es, ante todo, quien da fuerza, dinamismo, a la fe¹⁸.

16. Cf. P. POUPARD, *Iglesia y Culturas*, loc. cit., p. 188.

17. Cf. JUAN PABLO II, Encíclica «*Redemptoris Mater*», 25 de Marzo de 1987.

18. Cf. IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, *Nueva evangelización promoción humana, cultura cristiana*, primera parte: Jesucristo, Evangelio del Padre, nn. 1-15.

Una fe *totalmente pensada* se ofrece a nuestra inteligencia como pedagogía abierta a lo universal del hombre y al Dios infinito. Es la «inteligencia de la fe» que necesita ser ilustrada por la palabra revelada, explicada, transmitida, reflexionada por la teología y las ciencias humanas, entre las que no hay contradicción sino sólo diversidad de métodos. La fe no debe pasar como la bella durmiente en nuestras memorias amodorradas, sino como levadura que actúa en nuestras inteligencias despiertas. Llama que se extiende si se comunica, y que disminuye si no se comparte. La fe nos habilita para responder a cualquiera que nos pida razón de la esperanza que hay en nosotros (cf. 1 Pe 3,15), tarea que implica la movilización de nuestros recursos intelectuales.

Nos encontramos ante el formidable desafío del proyecto creador de una verdadera cultura cristiana, heredera de dos milenios de cristianismo y portadora de un futuro ilimitado.

La fe *fielmente vivida* constituye todo un «itinerario de la fe», una «aventura de la fe», desde las disposiciones interiores precedentes a su infusión: el anhelo de trascendencia, la inquietud natural del sentido religioso, el sentido y búsqueda de Dios, en fin todo aquello que el Catecismo de la Iglesia Católica llama en el capítulo primero: *el hombre es capaz de Dios*, hasta las misteriosas individualidades que señalan el encuentro da cada uno con Cristo, que como en Emaús, se hace su vecino y compañero de camino, por el Espíritu, en la Iglesia. Para Pablo fue el camino de Damasco. Para san Ignacio, su herida aquí en Pamplona. Para otros, otras circunstancias, excepcionales o no, hasta su infusión, que es sólo obra del Espíritu. Luego sus primeros pasos en los que no hay un camino trazado anticipadamente, que valga para todos, ya que hay tantas maneras de ser creyentes como seres humanos, y de aquí en adelante el gran itinerario que el mismo Espíritu nos hace en la Iglesia.

Por lo tanto para nosotros, vivir la fe significa creer, actuar, esperar, trabajar, orar, amar con toda nuestra inteligencia y con todas nuestras fuerzas, mejor, con nuestras fuerzas elevadas por la gracia divina, que le confiere dinamismo formidable, capaz de trasladar montes. La fe se ofrece a nuestra inteligencia como pedagogía abierta a lo universal del hombre y al Dios infinito. Comprende toda la vida humana en sus dimensiones personales y sociales. Sólo deja de ser fe cuando se convierte en visión eterna. Todo lo demás en su itinerario, como una subida al Monté de San Juan de la Cruz, que precisamente la llama «caminar en fe». Como tiene sus vacíos y oscuridades, también la llama «noche oscura». Y como tiene su culminación, la llama «unión con Dios».

2.3. La fe que se hace cultura

En el pensamiento de Juan Pablo II, la fe que se hace cultura es esa misma fe que se acoge, se piensa, se vive. Por la fe nos hacemos cristianos, ingresamos en la Iglesia. Ahora bien, ser cristiano no es adoptar un sistema filosófico o una doctrina moral, sino una Persona: Jesucristo. Y la Iglesia es, en concreto, la historia de la salvación de la humanidad. Estas dos perspectivas de hecho se completan mutuamente.

Para comprender cabalmente la relación fe-cultura, conviene tener en cuenta que, en el concepto bíblico, el tiempo no se entiende como la dimensión cronológica medida por el reloj, sino como «momento decisivo» (*kairós*) o época característica de la salvación de la humanidad. La prueba de que la salvación no se hace fuera del tiempo sino en el tiempo, se tiene en el hecho de que su momento culminante es la muerte y resurrección de Cristo, es decir, el misterio pascual que, según la expresión de San Pablo, se realiza «en la plenitud de los tiempos» (Gal. 4,4).

Si la historia humana es cristocéntrica, el espacio de la historia es el espacio de Cristo, como afirman los teólogos Balthasar y de Lubac¹⁹. La historia de la salvación se actúa en la historia del mundo, se entiende que la fe en Cristo tiene que desplegar todo su dinamismo en la historia, hacerse cultura, para iluminar la cultura. Si la encarnación de Cristo, al decir de Juan Pablo II, es también una encarnación cultural, puesto que Jesús, el Señor, es la Palabra divina encarnada en una cultura histórica determinada, la fe que nos une a Cristo, capta su vida y su doctrina, la vive, la celebra y transmite en su contexto histórico y cultural —pues de lo contrario no la entendería ni la entenderían— tiene que hacerse cultura, hablar el mismo lenguaje de Cristo a los hombres, que es el de las culturas, que ellos le entienden²⁰.

3. *Inculturación del Evangelio y evangelización de la cultura*

3.1. La encarnación cultural del Verbo

La fe y su inculturación son preocupaciones que el Santo Padre expresa de mil maneras, particularmente en los numerosos viajes apostólicos

19. H. U. VON BALTHASAR, *Théologie de l'histoire*, Fayard, Paris 1970; H. DE LUBAC, *Théologie dans l'histoire*, 2 vols., Paris 1990.

20. Cf. P. POUPARD, *Fede e cultura nel Concilio Vaticano II*, en «Rivista di scienze religiose», año VI, n. 2, 1992, pp. 371-378.

por todo el mundo y en las visitas «ad limia» que los obispos hacen cada cinco años. Para ofrecer a las Iglesias locales un marco de referencia autorizado y pertinente, el Pontificio Consejo de la Cultura que tengo el honor de presidir, pidió a la Comisión Teológica Internacional su colaboración con puntos de referencia clarificadores. La Comisión, en su respuesta a través de un documento denominado «*La fe y la Inculturación*»²¹, tomó como punto de apoyo la convicción de Juan Pablo II expresada en su discusión a la Universidad de Coimbra que antes he citado: «la encarnación humana del Verbo es también una encarnación cultural».

Esta realidad de la Palabra hecha carne, que puso su morada entre nosotros, asumió de la humanidad todo, menos el pecado, que vivió en medio de una nación con una cultura determinada y conocida, es uno de los elementos más sugestivos de la visión histórica y teológica de Jesús de todos los tiempos. Jesús de Nazaret, Hijo de Dios: *Jesucristo el mismo ayer, hoy y siempre*. Esta doxología de la Iglesia primitiva recogida en la Carta a los Hebreos (Hb 13, 8) es la misma que la Iglesia de hoy, al celebrar los quinientos años de la llegada del Evangelio al Nuevo Mundo, repite como lema de la nueva evangelización, que es anuncio de ese mismo Cristo a las nuevas culturas.

El Verbo no tomó carne en simple apariencia, como sostenían los docetas, a quienes fustiga San Juan porque «quieren disolver a Cristo». No faltan hoy cristologías metahistóricas que quisieran un Jesús fantasma. Tampoco se limitó a asumir un alma y un cuerpo humano, sino que quiso unirse a las condiciones culturales precisas de los hombres con los que convivió. En la historia de la salvación, lejos de presentar a Cristo aislado, lo hace presente a cada hombre, más allá de todo particularismo. Llega a nosotros y lo acogemos en la diversidad y complementariedad de nuestras culturas. Cuando éstas son animadas y renovadas por la gracia y la fe, entonces manifiestan la fecundidad multiforme de que son capaces las enseñanzas y las energías de un mismo y único Evangelio.

3.2. Fe e inculturación

El término *inculturación* es un neologismo introducido recientemente en el lenguaje oficial de la iglesia. Juan Pablo II es el primer Papa en utilizarlo, y de hecho lo emplea con frecuencia, como se ha podido constatar,

21. Comisión Teológica Internacional, *Teología-Cristología-Antropología. Documento 1987, La Fe y la Inculturación*, Toledo, España.

por ejemplo, con ocasión de sus viajes al África. Detrás de este término, acuñado para indicar cómo el Evangelio, acogido por la fe, y la cultura, dentro de la que se desenvuelve históricamente la vida humana, se encuentran en la evangelización.

La Iglesia, que tiene como misión salvífica anunciar el Evangelio a todas las naciones, quiere encarnarse en todas las civilizaciones, sin identificarse exclusivamente con ninguna de ellas; «asume todo lo bueno que existe en el fondo y en las formas de vida de todos los pueblos» (*Lumen Gentium*, 13, § 2), cuyas culturas conoce y respeta al anunciarlas la Buena Noticia de la salvación. A su vez, para que el Evangelio pueda penetrar eficaz y delicadamente en las culturas, hasta sus raíces, debe ser entendido por ellas, debe hablarse en su lenguaje, interpelarlas y dejarse interpretar. Para esto debe conocer las raíces, identificarlas, discernir sus valores para asumirlos en compatibilidad con el Evangelio, y sus pseudo-valores y contra-valores para purificarlos o, si es el caso, rechazarlos. Es la *inculturación del Evangelio*, que no consiste en una adaptación más o menos oportuna a los valores culturales, sino en una encarnación en ellos para purificarlos y salvarlos²².

El principio mismo de la inculturación se cimienta en la relación «natural» entre religión y cultura: el hombre es un ser naturalmente religioso. La orientación hacia el Absoluto está inscrita en su ser profundo. La religión, en sentido amplio, es parte integrante de la cultura, en la que se arraiga y expande. El proceso de inculturación ha sido continuo en la historia de la salvación, desde el antiguo Israel, en la vida y obra de Jesús, en los comienzos y proceso de la historia de la Iglesia, hasta nuestros días. «Inculturación» incluye la idea de crecimiento, de enriquecimiento de las personas y de los grupos como consecuencia de su encuentro con el Evangelio. «La inculturación es la encarnación del Evangelio en las culturas autóctonas y, al mismo tiempo, la introducción de estas culturas en la vida de la Iglesia»²³.

La inculturación del Evangelio en las sociedades modernas exigirá un esfuerzo metódico de búsqueda y de acción concertada. Este esfuerzo supondrá en los responsables de la evangelización: 1) una actitud de acogida y

22. Cf. JUAN PABLO II, *Discurso en el encuentro con el mundo de la Cultura en Salvador de Bahía (Brasil)*, 20 de octubre de 1991, en «L'Osservatore Romano», 21 de octubre de 1992.

23. JUAN PABLO II, Encíclica *Slavorum Apostoli*, 1985, n. 22, cit. por P. POUPARD, *Culture et Inculturation. Essai de définition*, en «Seminarium», 1992, 1, pp. 19-24.

de discernimiento crítico; 2) la capacidad de percibir las expectativas espirituales y las aspiraciones humanas de las nuevas culturas; 3) la aptitud para el análisis cultural en orden a un encuentro efectivo con el mundo moderno. Un principio se impone para esclarecer las relaciones de la fe y la cultura: la gracia respeta a la naturaleza, la cura de las heridas del pecado, la fortalece y la eleva. Este principio vale para todas las culturas, sin excepción, tradicionales o emergentes. Sin embargo, hay todavía ambientes y mentalidades, así como países y regiones enteras por evangelizar, lo que supone *un largo y valiente proceso de inculturación*, para que el Evangelio penetre en las culturas vivas, responda a sus expectativas más profundas y las haga crecer en la dimensión misma de la fe, la esperanza y la caridad cristianas²⁴.

Este largo y valiente proceso de inculturación tiene por vocación transformar los modelos de comportamiento típicos de un medio, los criterios de juicio, los valores dominantes, los hábitos y las costumbres que marcan la vida del trabajo, del ocio, la práctica de la vida familiar, social, económica, política, cultural. Todos estos elementos que constituyen el «ethos» de una cultura, son todos terrenos de inculturación del Evangelio.

En las culturas secularizadas del mundo moderno, tiende a imponerse una dicotomía entre la conducta privada y las actitudes públicas. De esto resulta una tentación para los cristianos de pensar que sus convicciones privadas no deben interferir con los comportamientos públicos. Esta visión de las cosas es totalmente contraria a la acción milenaria de la Iglesia. La fe tiene por vocación el ejercicio de un impacto real sobre todos los sectores de la vida personal y común. Mientras se respeten la justa autonomía de las realidades terrestres, los cristianos, a través de su testimonio activo, encarnan el Evangelio hasta transformar efectivamente los comportamientos individuales y sociales. Así, evangelizan el «ethos» mismo de su propia comunidad humana. Negarlo sería desconocer la fuerza novadora del Evangelio²⁵.

3.3. Diálogo entre fe y cultura

El diálogo entre la fe y la cultura no se hace en abstracto: es con hombres pecadores y cultura humana. Por eso no hay que extrañar que

24. Comisión Teológica Internacional, *loc. cit.*, p. 27.

25. Cf. P. POUPARD, *La evangelización de la cultura y la Universidad*, *loc. cit.*, p. 38.

haya rupturas, como ahora, cuando el pluralismo admite todas las alternativas y hay signos de debilitación cultural y contraposición teórica agresiva con la fe, además de una difundida indiferencia religiosa. Lo advertía Pablo VI en la Exhortación *Evangelii Nuntiandi* (nº 20): «La ruptura entre la fe y la cultura es el drama de nuestro tiempo, como lo fue también de otras épocas».

Lejos de descorazonarse por constataciones que estremecen la cultura cristiana en una ciudad secular, hay que emprender un salto creador: el diálogo, que no es componenda sino síntesis. Si la fe es el fermento llamado a impregnar toda la masa, el momento actual exige un renovado proyecto de cultura cristiana.

La fe dialoga con la cultura, se hace cultura, para salvar a la cultura y lograr que los hombres de cada tiempo y cultura vivan y expresen su fe. Y esto requiere:

1.— *Iniciativa y creatividad*: El análisis de la ruptura entre fe y cultura sería estéril y nocivo si comportarse por parte de los cristianos una renuncia colectiva y la resignación a la propia impotencia. El Santo Padre, el día mismo de la iniciación de su pontificado, invitaba a «no tener miedo». Y en la Universidad de Pavía, afirmaba: «El encuentro entre fe y cultura es necesario para que el hombre se sustraiga a la ideología del consumismo, que lo aliena, mortificando la creatividad del pensamiento y de acción»²⁶.

La Iglesia tiene vocación de volverse creadora de cultura en su relación con el mundo. Gracias a los compromisos de los cristianos, la fe se vuelve cultura vivida, una simbiosis se establece entre los valores de la cultura y los de la fe. Es una simbiosis, repito, y no una identificación. La evangelización actúa como un fermento en el interior mismo de todas las culturas que se abren al mensaje cristiano, y donde se encarna históricamente en rasgos culturales determinados²⁷.

2.— *Convicción de que la fe no es un simple valor cultural entre otros*. Tenemos la experiencia en la Europa secularizada, como los misioneros al introducir el Evangelio en las diversas religiones culturales: sería hacer un simple sincretismo, que no daría respuesta a las inquietudes del hombre. El diálogo entre la fe y la cultura no puede, sin grave infidelidad, camuflarse en un simple discurso cultural adaptado al gusto de los oyentes. La fe

26. «L'Osservatore Romano», 4 de noviembre, 1984.

27. Cf. JUAN PABLO II, *Discurso el Pontificio Consejo de la Cultura*, 16.I.1984, citado P. POUPARD, *loc. cit.* p. 38.

cristiana no exige huir de la propia cultura, sino abrir ésta al fermento cristiano.

3.— *Volver a dar el sentido del hombre a las culturas*. La fe, que nos presenta el ideal del «hombre perfecto», Cristo, hace, como dice Pascal, que «el hombre supere infinitamente al hombre», y evita la cerrazón de una cultura contemporánea que no deja ver otro horizonte que el de la prisión del inmanentismo.

4.— *Humanización integral de las culturas*. Consiste en traducir en los inmensos campos del conocimiento y de las artes, de la técnica y del poder, de la vida familiar y social, profesional y política, esta idea recobrada del hombre, cuyo misterio profundo sólo puede ser iluminado por el misterio del Verbo encarnado. El hombre, iluminado por la fe, asume la prioridad de la ética sobre la técnica, de la persona sobre las cosas, del espíritu sobre la materia, del ser sobre el tener del sujeto sobre el objeto.

5.— *Respeto de los métodos*. Los caminos de Dios no son como los de los hombres. El método es un camino, o un modo de proceder ordenadamente para adquirir o transmitir el conocimiento. Las ciencias humanas tienen su metodología humana, la ciencia divina tiene su método divino. Así, la filosofía no puede ser fideísmo, ni la teología racionalismo, ni las ciencias sólo empirismo, sólo ciencia exacta, sólo especulación.

3.4. Nueva evangelización y culturas

El primero en usar este aparente pleonasma que significaría «nuevo anuncio de la buena nueva», ha sido Juan Pablo II, en dos ocasiones solemnes. La primera, para Europa, desde Polonia, en junio de 1979 cuando, hablando de Nowa Huta decía: «Muy cerca de aquí hemos levantado una nueva cruz de madera. La veremos como un signo de que en el umbral del nuevo milenio se anuncia de nuevo el evangelio. Se ha iniciado una nueva evangelización, como si se tratara de un segundo anuncio. Cierto, es el mismo mensaje, que deseamos fructifique como el primero, antes bien, mucho más»²⁸.

La segunda vez, para el Nuevo Continente, en Puerto Príncipe, Haití, el 9 de marzo de 1983: «La conmemoración del medio milenio de evangelización (de América) tendrá su significación plena si es un compromiso

28. Cfr. *Insegnamenti di Giovanni Paolo II*, II, 1 (1979), p. 1505; *La Nuova Evangelizzazione dell'Europa*, en «La Civiltà Cattolica», n. 3395 (7 dic. 1991), pp. 325-355.

vuestro como obispos, junto con vuestro presbiterio y fieles, compromiso *no de reevangelización*, pero sí de una *evangelización nueva*. Nueva en su ardor, en sus métodos y en su expresión»²⁹.

La Nueva Evangelización no consiste en un «nuevo evangelio» que surgiría siempre de nosotros mismos, de nuestra cultura o de nuestro análisis sobre las necesidades de los hombres. Este no sería un «evangelio», sino una invención humana. La Nueva Evangelización tiene como punto de partida la certeza de que en Cristo hay una inescrutable riqueza (cf. Ef. 3,8), que no agota ninguna cultura, ni ninguna época, y a la cual podemos acudir siempre los hombres para enriquecernos.

Para Juan Pablo II, la Nueva Evangelización es algo *operativo, dinámico*. Es ante todo una llamada a la conversión y a la esperanza, que se apoya en las promesas de Dios y tiene como certeza inquebrantable la Resurrección de Cristo, primer anuncio y raíz de toda evangelización, fundamento de toda promoción humana, principio de toda auténtica cultura cristiana. Es una nueva Pentecostés, donde la acogida del Espíritu Santo hará surgir un pueblo renovado.

El *sujeto* de la Nueva Evangelización es toda la comunidad eclesial y todos los hombres y mujeres que constituyen el Pueblo de Dios. La Nueva Evangelización tiene como *finalidad* formar hombres y comunidades maduras en la fe y dar respuesta a la nueva situación que vivimos, marcada por el materialismo, la cultura de la muerte, la invasión de sectas y propuestas religiosas de distintos orígenes. Esta situación comporta nuevos valores, ansia de solidaridad, de búsqueda religiosa y superación de ideologías totalizantes.

Destinatarios de la Nueva Evangelización son todos los hombres y culturas. Aunque sólo las personas humanas pueden hacer actos de fe, orar, recibir sacramentos, la evangelización, como ya lo anotaba la Exhortación apostólica *Evangelii Nuntiandi*, debe llegar hasta las culturas, las expresiones, actitudes, modos de pensar personales y sociales.

La Nueva Evangelización tiende a suscitar *adhesión personal a Jesucristo y a la Iglesia* por parte de tantos hombres y mujeres bautizados que viven sin energía el cristianismo, «han perdido el sentido vivo de la fe o incluso no se reconocen ya como miembros de la Iglesia, llevando una existencia alejada de Cristo y del Evangelio» (*Redemptoris Missio*, 33).

El *contenido* de la Nueva Evangelización es Jesucristo, Evangelio del Padre, en quien todo adquiere sentido. Dicho con palabras de Pablo VI,

29. Cfr. *Insegnamenti...* VI,1 (1983), p. 698.

evangelizar es «anunciar el nombre, la doctrina, la vida, las promesas, el reino, el misterio de Jesús de Nazaret, hijo de Dios» (*Evangelii Nuntiandi*, 22).

La Nueva Evangelización debe ser: *nueva en su ardor*, lo que supone una fe sólida, caridad pastoral intensa y recia fidelidad. Así, la fe viva, llena de dinamismo, hace del evangelizado evangelizador; *nueva en sus métodos*, pues situaciones nuevas exigen caminos nuevos de evangelización, como son el testimonio y encuentro personal, la presencia del cristiano en todo lo humano, del evangelizador en «todos los areópagos» modernos, el empleo de todos los medios que hagan llegar el Evangelio al centro de la persona y de la sociedad, a las raíces mismas de la cultura. En fin, *nueva en su expresión*: Jesucristo nos pide proclamar la Buena Nueva con un lenguaje que haga más cercano el Evangelio de siempre a las nuevas realidades culturales de hoy. Desde la riqueza inagotable de Cristo, buscar las nuevas expresiones que permitan evangelizar los ambientes marcados por la cultura urbana e inculturar el Evangelio en las nuevas formas de la cultura adveniente³⁰.

Evangelii Nuntiandi ha captado perfectamente la intuición apostólica que promueve la evangelización de las culturas: Para la Iglesia, no se trata únicamente de predicar el Evangelio en capas geográficas cada vez más amplias ni a poblaciones siempre más numerosas, sino también de alcanzar y casi de perturbar, por la fuerza del Evangelio, los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida de la humanidad que estén en contraste con la Palabra de Dios y el designio de la salvación (*E. N.*, 19).

Conclusión

Entre las varias tareas confiadas por el Santo Padre al Pontificio Consejo de la Cultura, en el momento de su creación, en mayo de 1982, está la de testimoniar el profundo interés de la Iglesia por la cultura y por el diálogo entre las culturas y el Evangelio, relacionarse con el mundo de la cultura, promover el diálogo entre la Ciencia y la fe en el campo universitario y académico³¹. Me place compartir con Ustedes, como universitario

30. Cfr. IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano. *Nueva Evangelización, promoción humana, cultura cristiana*. Discurso Inaugural del Santo Padre, n. 6; conclusiones, nn. 23-30.

31. Cf. Carta Autógrafa del Santo Padre al crear el Consejo Pontificio para la Cultura, en *AAS*, 74 (1983), pp. 683-688.

de siempre y Presidente de este Consejo desde su fundación, las inquietudes que abrigan por la universidad del futuro.

«Profundizar en nuestra herencia cultural, actualizarla, desarrollarla y proyectarla hacia el futuro»³² es un compromiso planteado seriamente en esta Universidad, en perfecta consonancia con el pensamiento de Juan Pablo II: «el porvenir del hombre depende de la cultura»; no de cualquier cultura, sino de aquella que mantiene un diálogo con la fe, en el que se palpa la certeza de que fe y ciencia no se contradicen, sino que se ayudan, se compenetran en una interacción viva.

Tal es la misión de la Universidad católica: confrontar el mensaje cristiano con el saber humano, promover el diálogo viviente entre la teología y las ciencias modernas, dar testimonio, por su existencia misma, en el mundo de la cultura. Preparar una respuesta interdisciplinar a la solución de las cuestiones complejas que el mundo nos plantea, y estar así al servicio exigente de los responsables de la Iglesia y de la Ciudad.

En contacto con las fuerzas vivas de su tiempo, la Universidad católica, gracias a su inserción en la vida intelectual, en diálogo con las Facultades humanistas y científicas, provoca un proceso de pensamiento original. El papel de la Universidad católica es favorecer esta interacción fecunda con los campos de investigación del pensamiento contemporáneo. Saber lo que descubren los científicos, leer los escritos de los autores, descubrir los valores de la cultura, todo esto permite efectuar un injerto vivo en el punto vital de crecimiento. Este esfuerzo continuo de reflexión a la luz de la fe sobre las adquisiciones incesantes del espíritu humano, es precisamente el papel de nuestras Universidades católicas.

La Universidad católica no puede no ser un activo agente del cambio social en nombre de la universalidad que proclama y de la catolicidad de la que surge, como una promesa y una esperanza para el porvenir del hombre. La Universidad se sitúa en el punto de crecimiento de la cultura. ¡Deseamos que nuestras Universidades católicas puedan situarse en el punto de crecimiento de la fe, para un crecimiento fecundo!³³

Que la síntesis entre la fe y la cultura tenga un campo privilegiado de realización, como el diálogo universitario católico en el que la ciencia y

32. A. LLANO, *La Universidad del Futuro* (Entrevista) en «Nuestro Tiempo», octubre de 1991, p. 49.

33. Cf. P. POUPARD, *La evangelización de la cultura y la universidad*, loc. cit., pp. 49-50.

la fe se armonizan: la fe personal, asimilada en profundidad, intelectual y espiritualmente, y la ciencia cultivada por hombres creyentes.

Que la fe plenamente acogida, enteramente pensada, fielmente vivida, se haga cultura, realizando así el ideal de un humanismo pleno al que el Santo Padre llama a todo el mundo para la evangelización de las culturas e inculturación de la fe.

Es urgente la presencia de la Iglesia en el diálogo entre la fe y la cultura en el campo universitario. Tan consciente es de ello la Santa Sede, que desde hace varios años lleva adelante una consulta mundial sobre los requerimientos de esta presencia evangelizadora, y muy pronto se espera tener un documento orientador que recoja experiencias y sugerencias.

El porvenir de la humanidad depende del amor, necesidad primordial de toda cultura humana. Y «donde no hay amor, pongan amor y sacarán amor», como reza la famosa sentencia de San Juan de la Cruz que tanto amaba repetir el Beato Escrivá de Balaguer. Así se entra en la civilización del amor.

Permítanme terminar con un pensamiento iluminador del Fundador y primer Gran Canciller de esta Universidad: «Es una maravilla comprobar cómo Dios ayuda a la inteligencia humana en esas investigaciones que necesariamente tienen que llevar a Dios, porque contribuyen, si son verdaderamente científicas, a acercarnos al Creador»³⁴.

Car. Paul Poupard
Presidente del Consejo Pontificio
para la Cultura
CIUDAD DEL VATICANO

34. BEATO JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Discurso en la colación de Doctorados «Honoris Causa»*, Universidad de Navarra, 9-V-1974.